

DOCUMENTOS

“La leyenda dorada”* según Mario Briceño-Iragorrry (1951)

Nota de los Editores: Este texto fue leído por Briceño-Iragorrry en la cátedra de Historia Colonial de la Universidad Central de Venezuela, el 05 de octubre de 1951. Lo incluimos en este número a propósito de la polémica que se suscitó este año en el Estado Trujillo por la decisión de la gobernación de sustituir el nombre de la Biblioteca Pública de esa entidad “Mario Briceño Iragorrry” por el de “Biblioteca Socialista Doctor y General Antonio Nicolás Briceño”. Esta decisión, al parecer, fue motivada por la afiliación hispanista del historiador trujillano. En este texto que presentamos en esta sección el autor acepta esta filiación aunque rechaza las acusaciones que en los años cincuenta dirigieron en su contra, siendo etiquetado como “defensor de la leyenda dorada”.

Por falta de espacio sólo incluimos fragmentos de este escrito, aunque —creemos— mostramos lo esencial. Es apenas un incentivo a nuestros lectores para que se acerquen a los textos de este importante y ya clásico historiador venezolano, envuelto en esta curiosa polémica que podría transformarse en un tema de investigación, revisitándose la famosa polémica de la “leyenda dorada” y la “leyenda negra” sobre la historia colonial americana, que curiosamente siempre ha traspasado los límites de la disciplina histórica, reafirmando aquella idea del historiador italiano, Benedetto Croce, “toda historia es siempre historia del presente”. Para enterarse de algunos de los detalles de la polémica se pueden revisar las siguientes páginas en Internet:

<http://www.aporrea.org/actualidad/n142772.html>;

http://www.cenhisto.gob.ve/index.php?option=com_content&task=view&id=272&Itemid=1;

<http://diariodelosandes.com/content/view/93325/105696/>

* Este texto es parte del libro *Introducción y defensa de nuestra historia*, (1952), publicado en la compilación: Briceño-Iragorrry, Mario. (1988). *Mensaje sin destino y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (N° 126), pp. 135-151.

Al empezar a explicaros este curso de Historia Colonial, considero un deber de sinceridad hacia vosotros y hacia mí mismo exponer mi posición personal ante los problemas fundamentales de nuestra Historia, y en especial con relación a cierta graciosa atribución de fomentador de la “leyenda dorada” de la conquista hispánica con que algunos adversarios de mis ideas filosóficas y políticas han pretendido obsequiarme...

Dos tesis, a cual más falsa, han pugnado en la explicación del proceso de nuestra vida de colonia española. La que pondera hasta extremos beatíficos la bondad del español, y que ha recibido peyorativamente el nombre de “leyenda dorada”, y la que sólo concede boleta para el infierno a los hombres de la conquista. Sobre el furor negativo de esta última se ha alzado la llamada “leyenda negra”. Pero ambas “leyendas” tienen a la vez sus variantes. Para la “dorada”, hay un sistema que arranca de Ginés de Sepúlveda y concluye en José Domingo Díaz. Según ellos, la Colonia fue de una legitimidad absoluta y de un proceder que sólo la ingratitud podría negar. A completarla se agregó el criterio contemporáneo de los peninsulares que piden estatuas para Boves y niegan las virtudes de nuestros próceres. De otra parte, se crearon dos “leyendas negras”, la de fuera, provocada por los enemigos exteriores de España, y la de dentro, en parte alimentada por el mismo espíritu de justicia crítica que distingue al español. La “leyenda negra” actual es un infundio de tendencias forasteras y de incompreensión pseudonacionalista.

Hubo entre nosotros un grupo muy distinguido de historiadores que, guiados por un erróneo aunque honesto concepto de la venezolanidad, desdijeron la obra de la colonización española e intentaron presentar el período hispánico de nuestra vida social como un proceso de extorsión, de salvajismo, de esclavitud y de ignorancia. Creyeron que con tal método agrandaban el contorno creador de los padres de la Independencia, considerados como centros de gravedad y focos generadores de la vida histórica de la nación. Según ellos, en realidad la patria no vendría a ser sino el proceso republicano que arranca de 1810. A la par de estos historiadores, hubo investigadores, entre (p. 135) quienes es preciso colocar en sitio primicerio a Ángel César Rivas, a Laureano Vallenilla Lanz y a Pedro Manuel Arcaya, que, aplicando la metodología positivista al estudio de las capas históricas de la nación encontraron una continuidad que arranca de la propia hora de la llegada a nuestro mundo americano de los pobladores

hispanos que engendraron nuestras estirpes sociales y dieron carácter y fisionomía a la sociedad nacional. A esta corriente revisionista se sumaron valiosos historiadores contemporáneos, que reconocieron la necesidad de profundizar el estudio de nuestro pasado hispánico, para poder conocer la verdad de nuestra vida de comunidad. Se comprendió que los pueblos no se hacen de la noche a la mañana, y que el magnífico florecer republicano de 1810 era la culminación de un proceso histórico que venía en lento desarrollo desde muy largos años.

[...]

Si algunos maestros quisieran saber mi posición respecto a la llamada “leyenda dorada”, podrían leer y meditar lo que expongo en el prólogo de mi libro *Tapices de historia patria*. Esta obra y *La Instrucción en Caracas*, de Caracciolo Parra León, fueron utilizadas como manzanas de discordia por los enemigos de la revaluación hispanística. Aparecieron ellas en pleno debate acerca de la material colonial y lucharon contra la obcecada negación de quienes no querían ver que, examinando y justificando en el tiempo la labor de los colonizadores españoles, se examina y se justifica la obra de los hombres que generaron nuestra vida cívica. Esos hombres motejados de barbarie, de crueldad y de ignorancia son los mismos hombres que dieron vida a nuestra nación...

...Cuando los viejos historiadores enfrentaron a los hombres que hicieron la independencia con los hombres que representaban la soberanía española, creyeron que asistían a una lucha entre dos mundos sociales, cuando lo que se debatía era la suerte de dos sistemas. No era una guerra contra el pasado en función histórica, sino una guerra contra el pasado en función política. La misma guerra que libran los hombres y las sociedades todos los días. Los padres de la patria no eran seres milagrosos aparecidos sobre nuestro suelo al conjuro de voces mágicas, ni tampoco eran la expresión dolorosa de una raza que hubiera callado y soportado la esclavitud de un coloniaje impuesto por extraños conquistadores. Ellos eran, por el contrario, la superación de un pasado de cultura que tenía su punto de partida en los conquistadores y pobladores llegados el siglo XVI. Si se examinan pacientemente las genealogías de los padres de la patria, se encontrará que los abuelos de casi todos ellos remontan (p. 136) a las expediciones de Alfínger, de Spira, de Fernández de Serpa, de Jiménez de Quesada, de Diego de Ordaz.

Bolívar no llegó a Venezuela a la hora de hacerse la Independencia... La sociedad colonial que se empujó para la obra admirable de la República, venía de atrás. Estaba ella latente durante el largo período que se dio en llamar con menosprecio “la tiniebla colonial”... (p. 137).

[...]

Dichosamente para el progreso de nuestros estudios históricos esa posición negativa ha perdido espacio. Pueden hoy los historiadores diferir en la apreciación de lo hispánico, pero a ninguno ocurre negar los valores antiguos en aquella forma iconoclasta, y pocos son los que pueden pensar hoy que en 1810 se produjo la ruptura de dos mundos sociales e históricos. Todo lo contrario, están contestes los historiadores como apunté ya, en reconocer que el proceso emancipador estuvo encaminado a variar el estilo político de una sociedad histórica, cuya fuerza estribaba justamente en las realizaciones logradas durante el imperio del sistema que se buscaba abolir...

...nuestros padres se aliaron para atacar a la Metrópoli con los hombres que habían sido los seculares adversarios del pueblo de que éramos parte, y la “leyenda negra” del despotismo y de la ineptitud de España, que habían creado los ingleses, se unió al odio contra la Metrópoli, que había provocado el propio sistema de la Colonia en el ánimo del criollo.

[...]

Traer al interior de nuestra historia los argumentos que esgrimieron contra España sus enemigos de ayer, lo he considerado una manera precipitada de juzgar nuestro pasado colonial, que pudo, sin embargo, tener apariencia de legitimidad cuando se consideró que la revolución de independencia había dividido dos mundos históricos: el hispánico y el americano. Una reflexión serena nos lleva a considerar, por el contrario, que la sociedad republicana es, desde el punto de vista orgánico y moral, la misma sociedad colonial que cambió y mejoró de signo. Basta recordar que las leyes ordinarias de España estuvieron vigentes en Venezuela hasta entrada la segunda mitad del siglo XIX. Y aún más; ese mismo examen nos conduce a aceptar cómo la evolución que produjo el cambio institucional, tuvo sus raíces en los propios valores que había venido creando el medio colonial y no sólo en razones imitativas y en doctrinas extrañas que iluminaran repentinamente la tenebrosa mente de nuestros antepasados.

Mi modesta labor de estudioso de Historia se ha encaminado a defender esta tesis, la cual, repito, no va enderezada a beneficiar a España y su sistema, sino a beneficiar nuestra propia nación y sus valores constructivos.

Cuando procuro hacer luz a cerca de la verdad de la historia de nuestro pasado hispánico, creo, sobre servir a la justicia, que sirvo los intereses de una nacionalidad que clama por la mayor robustez de sus estribos. Al explicar y justificar la obra de los españoles que generaron nuestra cultura, explico y justifico la obra de nuestros propios antecesores, pues las estirpes que forman el sustrato social y moral de la patria, arrancan, principalmente, de los hombres que vinieron a establecer durante el siglo XVI, en el vasto territorio, hasta entonces sólo ocupado por los indios, las nuevas comunidades donde se formó el mestizaje que sirve de asiento a la nación venezolana.

Este afán crítico, algunos escritores, errados o de mala fe, han querido confundirlo con una supuesta *leyenda dorada*, cuyo fin fuera (p. 142) presentar el período hispánico, de acuerdo con José Domingo Díaz, como una *edad de oro*, de la cual temerariamente se apartaron nuestros padres...

[...]

La aversión a lo hispánico trajo, como partida contraria, la aceptación de las tesis antihispánicas de los países que fueron nuestros enemigos cuando formábamos parte de la comunidad política española. Producida la independencia, los hombres de Caracas, lo mismo que los hombres de otras porciones del antiguo mundo colonial, miraron a la urgencia de mantener en pie la unidad de intereses que se había formado durante el régimen español. Una pésima política ha impedido, desde 1826, que los países de extracción hispánica mantengan el tipo de relación que les permita la defensa de su tradicional autonomía, ora económica, ora espiritual. Todo lo contrario: nos hemos aliado individual e inconscientemente con los representantes actuales de las viejas culturas antiespañolas, y hemos perdido, no sólo la plenitud de la soberanía política, sino la integridad de nuestra posición moral (p. 143).

[...]

Nuestra historia no es, como creyeron ciertos demagogos, una aventura castrense que tomase arranque con los fulgores de la guerra de la Independencia. Historia de trasplante y de confluencia, la nuestra es la prosecución del viejo drama español, en un medio geográfico nuevo y virgen,

donde coinciden, para formar nuestro alegre y calumniado mestizaje, la aportación del indio, absorto ante los caballos y la pólvora, y la del esclavo negro, traído entre cadenas desde su viejo mundo selvático. Sus símbolos no son, sin embargo, el tabú africano ni el tótem aborígen. Sus símbolos son una transfiguración, con sentido de mayor universalidad, de los símbolos hispánicos. En el orden de las categorías históricas, nosotros aparecimos como evolución del mundo español, del mismo modo que el yanqui apareció como resultado del trasplante inicial del pueblo anglosajón.

[...]

Los hombres que en el siglo XVI dieron comienzo a aquel drama fueron nuestros abuelos. ¿No es acaso hasta un acto de familiar justicia buscar las razones que expliquen la conducta de dichos hombres, antes que aceptar la rotunda condenación de sus actos? (p. 144)

[...]

Sabéis, pues, que *leyenda negra* en el orden de la Historia de nuestro pasado hispánico, es acumular sobre las autoridades y sobre el sistema colonial en general, todo género de crímenes: *leyenda dorada* es, por el contrario, juzgar el sistema colonial como una edad dorada, igual a la que Don Quijote pintaba a los cabreros. Entre una y otra *leyendas* está la Historia que abaja lo empinado de los elogios y borra la tinta de los negros denuestos. Entre el grupo de los que piensan con este criterio medio, me hallaréis siempre a mí...

... Algunos por error, han creído que he defendido la cultura occidental por ser ella y yo católicos. Que yo lo sea, es cosa mía, en que nadie tiene derecho de inmiscuirse; que fuera católica la enseñanza colonial, es cosa de la Historia. No podía ser protestante, siendo católico el imperio español. Pero, sin necesidad de mirar al signo de la religiosidad, hubo una cultura, que en colonias españolas no podía ser distinta de la cultura que se servía en la Península, y que, a pesar de reproducir la reticencias que durante los siglos XVII y XVIII padecía la enseñanza en la Metrópoli, sirvió en América para formar la gloriosa generación de la independencia (p. 145).

[...]

Los que se niegan a la revaluación de nuestro pasado hispánico arranca del supuesto falsísimo de que la República surgió como improvisada y candorosa imitación de movimientos políticos extraños, carentes, en

consecuencia, de apoyaturas morales, económicas y sociales en el fondo mismo de la tradición colonial. Quienes así piensan, lejos de contribuir a aumentar la fama de los padres de la independencia, la disminuyen abiertamente, pues, en presentándolas como irreflexivos seguidores de novedades extrañas, ponen de lado el largo y callado esfuerzo del mismo pueblo que buscaba aquellas voces egregias para la expresión de sus derechos inmanentes. Olvidan así que la lucha por la Justicia apenas viene a advertirse para el bulto de lo histórico, cuando acuden los hombres al argumento de la franca sedición o a la airada protesta. No quieren convenir en que dicha lucha tuvo vida secreta y dolorosa desde la hora inicial de la conquista, como protesta contra el inhumano encomendero y contra la avaricia del recaudador... (p. 148).

[...]

A la *leyenda* negra no opongo una leyenda dorada, como han dicho algunos profesores de secundaria. Una y otra, por inciertas, las repudio. La falsedad que destruye he intentado contrariarla con la verdad que crea, no con la ficción que engaña. Y si feroces críticos, desconociendo mi derecho a ser tenido por historiador y no por leyendista, me incluyen entre los partidarios de la trajinada leyenda dorada, culpa es de ellos, y no mía, el hacerme aparecer en sitio que no me corresponde. Tengo, por el contrario, fe en que mi razonado hispanismo sirve de ladrillo para el edificio de la afirmación venezolana, en cuyo servicio me mantengo, dispuesto a encarar con las asechanzas de tantas conciencias bilingües como amenazan nuestra integridad nacional... (p. 150).

[...]

Claro y tendido os he hablado de lo que significa el hispanismo como elemento creador de signos que aún pueden dar fisonomía a nuestra América criolla, visiblemente amenazada de ruina por el imperialismo yanqui y por el entreguismo criollo. Sólo me resta advertir que no pretendo que nadie tome como verdad inconcusa la razón de mis palabras. Si no me creyese en lo cierto no profesara tales ideas; más la certidumbre en que estoy de la bondad de mis asertos, jamás me mueve a desconocer el derecho que otros tengan para pensar a su manera, muy más cuando hombres de irreprochable honestidad difieren de mis conceptos esenciales. Hasta hoy considero el cuerpo de ideas que durante más de veinticinco años he venido sosteniendo en la cátedra, en la tribuna y en el libro

como el mejor enderezado a dar vigor a nuestra historia y fuerza defensiva a la nación. Si yo estuviese errado pecaría de buena fe y a razón de un equivocado intento de ser útil a la cultura del país. De ese error saldría, en cambio, si en orden a destruir el mío, se me mostrase un camino donde fuera más seguro topar con ideas de ámbito con mayor eficacia para la afirmación de la venezolanidad.

Ojalá vosotros podáis mañana enhestrar la conciencia en medio de un mundo altivo y libre como para nosotros lo soñaron los grandes patricios formados al amor de la mediana cultura colonial y que en 1810 meditaron el porvenir de la República sin hacer mayor cuenta del porvenir de sus haciendas y sus vidas. Sólo os hago una indicación formal: procurad afincar los juicios futuros sobre el resultado de la investigación crítica, y no sobre apreciaciones arbitrarias de otros. Se puede diferir en la estimativa de las circunstancias, pero no se puede erigir un sistema sobre hechos falsos. Posibles es apartarse, pongamos por caso, del juicio optimista de Caracciolo Para León, en lo que se refiere al grado de progreso de la enseñanza filosófica que se daba en esta Universidad a fines del siglo XVIII; pero, en cambio, no puede, como aún se hace, seguir invocándose por pruebas de un propósito encaminado a mantener en tinieblas a la Colonia la frase atribuida a Carlos IV, cuando se negó al seminario de Mérida la gracia de grados mayores. Bastante se ha escrito para probar la inexistencia de la Cédula en que se dice fue estampada dicha frase; de lo contrario, se comprobó que a disidencias cantonales nuestras se debió la prudente abstención del monarca español. Sobre hechos como éste no es posible edificar ninguna crítica seria. Con aceptar la verdad rendimos parias a la Justicia, sin favorecer por nada el sistema de los reyes. En este caso, vindicar una verdad que aproveche al infeliz monarca no constituye demérito para la obra de quienes pusieron términos con sus hechos heroicos al dominio español en las Indias, así hubieran ponderado los padres de la patria, como instrumento de guerra, los vicios y los defectos de los (p. 151) reyes. Lo inexplicable es pretender escribir historia imparcial con espíritu de guerra. Se escribirán panfletos y diatribas que empujen la oportuna propaganda de la muerte. Jamás llegará a escribirse la Historia con *verdad de vida* que ha de ayudarnos a entender y a superar la honda crisis que nos viene negando capacidad para organizarnos como nación.

